



En el arte

Clásico de Molière

"Avaro" para el Siglo 20

Un Harpagon que canta y baila en "El Conventillo"

LOS primeros momentos podieron ser desconcertantes. Luego de una corta introducción que no está en el texto y de un destemplado "preludio" orquestal que, con seguridad, no se oyó en 1668. Después, de una tirada, sin tiempo para acomodarnos en las butacas "fines del Siglo 20" del teatro de la calle Bellavista, durante dos horas, hasta el regocijante final.

Formalmente, nada que recordara la Francia del "Key Sol" o de sus contemporáneos Corneille y Racine. Ni pelucas, ni vestimenta ni decorados Siglo 17, ni acompañamiento de clavecín, ni música de ballet de Lully. Si "tono Commedia dell'Arte", aunque trasladado con toda la fuerza de los sentidos a este agitado siglo actual. Si Jean Baptiste Poquelin (Molière para sus contemporáneos y para nosotros) hubiera podido ver este montaje de Ramón Griffiro, sin duda se habría divertido.

Porque no se tricionó el espíritu de uno de los más lúcidos dramaturgos clásicos en este estreno —que promete durar para rato— de la Compañía de Tomás Vidiella. Creemos en eso de que los clásicos se prestan para "hacerlos distintos" siempre que no se pierda su esencia, y así lo entendieron el responsable de este montaje escintamente sensorial, los técnicos y los comediantes. Una enorme vitalidad operó en este traslado de lo eterno. Con ropaje contemporáneo, se nos presentó, para deleite de la vista y del oído, una muestra perdurable de la comedia de costumbres y de equivocaciones, una obra maestra de ironía y de estudio de caracteres.

EL MENOS HUMANO DE LOS HUMANOS. Como a Molière, al público le irrita el personaje-tipo que representa la avaricia (que, además, es pecado capital, ¿recuerdan?). Flecha, el criado de Cleanto en la comedia, define al señor Harpagon diciendo que es, "de todos los humanos, el menos humano". Y, para hacer sentir el tono de comedia, el autor pone en su boca esta gráfica sentencia: "y 'dar' es una palabra por la que siento tal aversión, que no dice nunca: 'os doy', sino 'os presto los buenos días'".

Claro, Molière también trató en *L'avar* el otro tema del amor paternal, pero a éste se sobrepuso el amor por el dinero. Y



Harpagón-Vidiella: neurótico "erótico".



Magdalena Max Neef y Alvaro Pacull, con Vidiella: buena actuación para un clásico.

para eso creó el prototipo de todas las épocas, este Harpagon que sale tan bien parado en esta especie de payaso de fantasía de Tomás Vidiella. Uno sigue estando predispuesto contra él, pero el actor nos advierte que no sólo es un neurótico patético: también hay un lado que despierta nuestra "empatía", aunque provenga del juego sutil de una fantasía donde se nos presenta un hombre repulsivo... y simpático. Los gestos, el juego facial de los mimos, los "tics", el sudor que corre escena tras escena —todo lo cual el público de "El Conventillo" lo tiene tan próximo, tan inmediato, tan terriblemente cercano y actual— nos convence que hay que creer no sólo en Molière, sino en Vidiella-Griffiro.

En este enfoque "revolucionario" (por una vez, en el único sentido positivo de la palabra) nos convence asimismo el ritmo aerollador del montaje, donde la acción jamás se detiene, aunque haya que recortar parte del texto (jamás lo importante). La acción no se detiene, gracias a un inteligente uso del acompañamiento musical, que no es acompañamiento: la música sigue sosteniendo el desarrollo dramático. A nuestro juicio, uno de los mayores méritos del montaje —por sobre la escenografía y el vestua-

rio— es la incomparable partitura de Luis Advis. Los ingredientes están admirablemente escogidos para una puesta en escena vitalmente contemporánea: el músico chileno sin duda conoce a Weill y ha visto a Joel Gray (el de Cabaret); sabe sacar buen partido del género "balada" norteamericano y de ese inimitable "Rhum and Coca Cola" de las ya esfumadas Andrews Sisters y, sobre

todo —abandonando por una vez el esquema de ópera-musical show, imperante desde el comienzo— introduciendo memorable y clásticamente, aunque sea por menos de treinta segundos, la operática "gran aria" del famoso "Suicidio" de La Gioconda en el aun más célebre monólogo de Harpagon al final del cuarto acto.

Aparte del protagonista, el resto de la compañía quiere hacernos disfrutar de una buena *soirée*, especialmente el notablemente estilista Alvaro Pacull (Cleanto), el tan versátil Aldo Bernalles y la tan vital Silvia Santelices. Todos lo consiguieron, contando con una mano firme e imaginativa a la que apenas hay que perdonarlo un par de ordinariecos (innecesarios). El montaje ha sido pensado preferentemente para el público joven, al que, supuestamente, Molière dejaría frío. Las reacciones fueron las consiguientes: alborozo fácilmente detectado entre los de menor edad, pero —*très important*— una amplia, e interior, sonrisa de los mayores. Como para creer en la anécdota, la de la frase del gran Boileau al gran Racine: "Viendo *El avaro*, usted, por lo menos, debe haber reído... interiormente".

V.M.

"Avaro" para el Siglo 20 [artículo] V. M.

Libros y documentos

AUTORÍA

V. M

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Avaro" para el Siglo 20 [artículo] V. M. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile